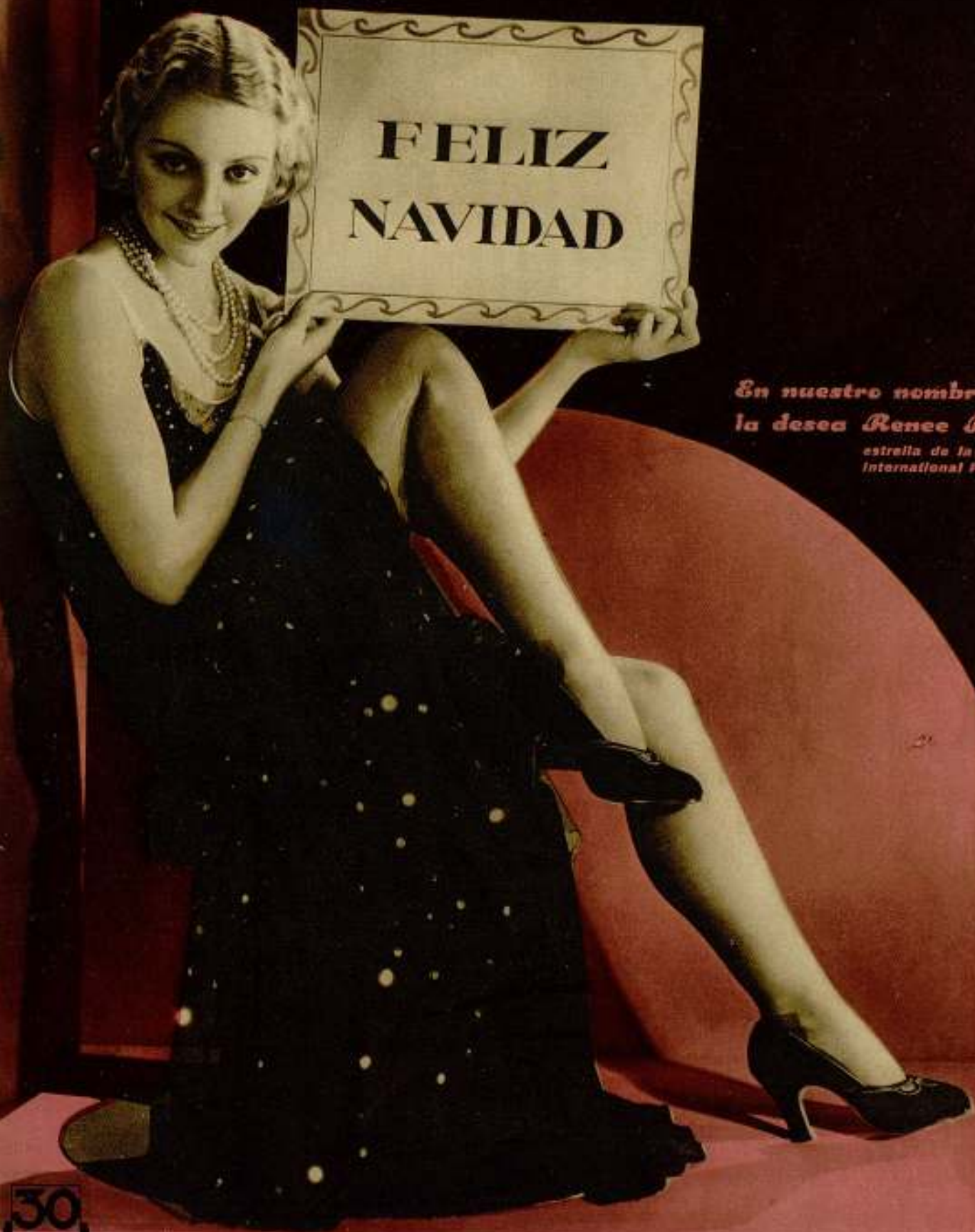


Films Selectos



*En nuestro nombre os
la desea Renee Ray,
estrella de la British
International Pictures*



20 ADULT LIFE PRESERVERS

*Como les deseo que pasen muy
felices Pascuas apareceré du-
rante ellas en mi película
¡AY, QUE ME CAIGO!
en la pantalla del Coliseum.*

HAROLD LLOYD

Es un film Paramount

NAVIDAD

(Monólogo interior del cronista)

¡TOMA! Ahora me doy cuenta de que la semana que viene es Navidad, y no estaría de más dedicar a esa fiesta la crónica semanal de FILMS SELECTOS. Bien, pues: haré algo hablando de Navidad. Pero... de Navidad... de Navidad... ¿qué hay de Navidad que pueda relacionarse con el cine? Ya es buena, ya, la idea de hablar la semana que viene de Navidad, porque así parece que se pone uno a tono con el tiempo y marcha a compás con las cosas del día. Pero la dificultad está ahí precisamente: en hablar de Navidad sin moverse del área cinematográfica... El teatro, la música, la poesía, las artes plásticas y qué sé yo cuántas artes más tienen cosas relacionadas con las fiestas de ese día: villancicos, «Pastorcillos», nacimientos, belenes, oratorios navideños... y todo se presta a un comentario discreto y adecuado para salir del paso. Pero el cine, arte novísimo, sin historia ni tradición, no ha hecho nada todavía a propósito de Navidad, fiesta antiquísima, llena de tradiciones y recuerdos. Para hallar un punto de contacto entre el cine y la prosaica afición a comer pavo y turrón, o entre el cine y el solemnisimo acontecimiento de la natividad de Nuestro Señor Jesucristo, sería preciso atamborar demasiado las ideas o traerlas sutilmente por los pelos. Además, ir al cine el día de Navidad parece que no pega. El recogimiento que entraña la fiesta no es para experimentar en la obscuridad de la sala de proyecciones... Sin embargo... sin embargo... aquel año que yo no pude celebrar en familia las Navidades, me refugié en el cine, y ¡nada menos que en una primera sesión!... En realidad, aquel día, el espectáculo del cine me sirvió de lenitivo moral. Podría, pues, hacer un artículo ponderando el refugio espiritual que puede prestar el cine contra la tristeza en un día como éste de Navidad... Pero, no. ¡Desgraciado del que tenga que confiar en el cine para pasar las Navidades! No hay por qué hablar de cosas tristes... Mejor será, pues, que no escribamos nada de Navidad. Tratándose de una revista de cine, nadie se dará cuenta de que no nos hemos puesto a tono con el tiempo... Pero, pero... ya que el cine no ha hecho nada todavía a propósito de Navidad, ¿no sería ésta la ocasión de abogar por que hiciese algo? Un film documental, por ejemplo, de los santos lu-

gares de Belén, Nazaret, las montañas de Hebrón, del mismo Egipto por donde pasó el Divino fugitivo... No estaría mal, ¿verdad?, una película así. Y aun de Belén... Pero, ahora que me acuerdo. ¡Si yo he visto ya en el cine el nacimiento de Cristo! ¡Es verdad, hombre! En «Ben-Hur», sin ir más lejos, y en casi todas las películas de la vida y pasión de Jesucristo... Así, no hay que darle vueltas al caso. La piedra angular del artículo ya la tengo: la interpretación que del augusto misterio de Belén nos ha dado el cine. Podría hacer ver cómo el cine, a pesar de su vida juvenísima y sin tradición venerable, también ha pagado, y muy honrosamente, el tributo que debía a la fiesta de Navidad. Y, para acabar de dar cuerpo al artículo, podría decir, por ejemplo, que ese tributo es devoto y artístico a la vez. Lo uno por el cuidado que han puesto los cineastas en revestir el memorable acontecimiento del ambiente que en justicia reclama, y lo otro por el buen gusto que han tenido en darnos con ese motivo algunas películas dignas de recordarse. Además, no vendría mal poner de relieve que, ya que se enaltecen el teatro y la poesía y la pintura y la escultura por las obras que han creado para dar a conocer mejor al pueblo los misterios de la religión, también merecería enaltecerse el cinematógrafo por lo que — sea poco, sea mucho — lleva hecho hasta ahora en este género. Y ya se sabe que el cinematógrafo es educador de multitudes, y todo lo que se da en el cine llama la atención de la gente, y lo que en el libro tal vez nunca se leería, en el cine se aprende con la indiscutible eficacia de las cosas que se meten por los ojos... Decididamente, esto ya es buen tema para hacer una crónica cinematográfica de Navidad. Y, como colofón, podría abogar por la filmación de una documental sobre los lugares donde Jesucristo nació y pasó los primeros años de su vida. Con este film documental, el cine acabaría de completar, en materia de religión, su nobilísima obra cultural, instructiva, educadora, vulgarizadora, etcétera, etcétera... Venga, pues. Manos a la obra: a escribir lo pensado... y así saldré del compromiso de querer hablar de cosas actuales del cine nada menos que el día de Navidad...

LORENZO CORDERO

FILMS SELECTOS

SEMANARIO
CINEMATOGRAFICO
ILUSTRADO
DIRECTOR
Tomás G. Larraya



REDACCIÓN
ADMINISTRACIÓN
Diputación 285 Tel. 19022
BARCELONA

REDACCIÓN EN
MADRID: LITERARIA
EL HOGAR Y LA MODA
Calle Goya 55 y 58



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Colonias
Tres meses 375
Siete meses 700
Un año 1.150

América y Portugal
Tres meses 475
Siete meses 850
Un año 1.250



CADA SÁBADO

NÚMERO SUJITO
30
CÉNTIMOS



BETTY Boop, Betty Boop, Betty Boop! Repetid tres veces este nombre cascabelero y os daréis justa cuenta de que no puede lucirlo sino una personilla alegre, frívola y danzarina. Una personilla rebosante de picardía y de «ello». Una estrella de primera magnitud, estrella por derecho propio, que en los archivos de los estudios está calificada con estas halagüeñas y sorprendentes frases:

«Betty Boop. — Norma Shearer, Greta Garbo, Marlene Dietrich y Gloria Swanson, todo en una pieza. Bailarina, actriz cómica, cantante, equilibrista, trágica y concertista. Jamás se cansa, ni pide aumento de sueldo, ni tiene arranques «temperamentales». Está a todas horas en el «set» preparada para su trabajo.» Verdaderamente, no puede existir otra estrella de semejante condición.

SU FIGURA. — Es pizpireta y graciosa, con un cuerpo ágil, desbordante de curvas, y una boca minúscula, en la forma exacta de un corazón. Sus ojos no tienen igual en la pantalla: son muchísimo más grandes que la boca, y se adornan con unas pestañas quilométricas, de un arqueado tan expresivo y perfecto, que en vana Rosita Moreno, Joan Crawford y Janet Gagnor las tratan de imitar. Dato curioso de esta estrella es que, a pesar de su extraordinaria belleza, no usa ninguna crema ni producto de tocador. Tampoco está sujeta a ningún régimen, y, eso no obstante, y aun cuando su aspecto es inmejorable, ha resuelto por completo la terrible cuestión del peso. Tan leve es... que no pesa absolutamente nada. Los productores de sus cintas pueden estar absolutamente seguros del porvenir, y desechar todo pánico al temido «embon-point»...

SU ARTE. — Es la estrella más diestra, más arriesgada, más dotada de todo género de facultades, que se ha conocido jamás. Con la misma sencillez monta un alazán en pelo o un potro sin domar, que un monstruo marino o una retrógrada tortuga, y tan a sus anchas respira en la cumbre de una montaña que acaricie las nubes, como se maneja, danza y flirtea en los profundos abismos del mar. Su dignidad artística no le ha permitido jamás recurrir a la socorrida martingala de los «dobles», sea cual sea la magnitud del peligro a que se haya de lanzar. Lo que está encomendado a Betty Boop, lo ejecuta siempre, arriesgada, honradamente, la propia ilustre Betty Boop.

Los argumentos que interpreta tienen, asimismo, la más extensa e ilimitada diversidad, y sus papeles, aunque todos creados especialmente para ella, no han tenido que adaptarse a determinadas facultades, ya que no hay facultad que no posea Betty Boop. Con la misma naturalidad actúa de peligrosa sirena que de cándida ingenua. Ya salta desde un centésimoquinto piso a los brazos del galán, ya se ve suspendida de un hilo finísimo sobre la multitud de un teatro de la ópera que escucha, extasiada, sus gorgoritos... Porque Betty Boop, nacida al arte en pleno cine hablado y cantante, es una excelsa diva, no sujeta a las afecciones de la garganta, segura, en cambio, de que no ha de perder la voz jamás. Como que puede cambiarla a su propio antojo, renovarla, mejorarla a cada producción.

SU VIDA. — Es a un tiempo, sencilla y extraordinaria. Betty Boop, la maravillosa estrella cuya biografía aquí trazamos, saltó un buen día a la vida pública desde un tintero, donde yacía, obscurificada e impotente, su personalidad. El mago que le infundió vida fue el dibujante Max Fleisher...



LAS ESTRELLAS

Quién es BETTY BOOP

Ella hizo un remilgo en el borde del tintero, levantó sus faldas con temor de manchárselas, dió un brinco gracioso... y se echó a andar por el mundo de la pantalla, un mundo para ella ilimitado, poblado de millares de fantásticos seres amigos, sembrado de inenarrables aventuras...

Ya frente al público, su éxito fue rotundo, inesperado, único. Fulminante. En una o dos producciones iniciales «robó» la película a su protagonista, el inimitable «Bimbo». Después...

Después ya no ha necesitado recurrir al robo. «Bimbo» y Betty son los mejores amigos del mundo. Las crónicas cinéscas nos informan de que se les ve juntos en todas partes. No sería de extrañar que surgiera el «idilio». Entonces, es muy posible que los muñecos de Max Fleisher resultaran algo difíciles de manejar.

MARIA LUZ MORALES

Momentos Felices

Las estrellas de la pantalla gustan de reconstruir estas escenas de su infancia. Seres para quienes la ficción es habitual tarea, es de suponer que ésta de ahora sea para ellas una de las más gratas, ya que, en su virtud, reviven instantes de una felicidad difícilmente igualada después de haber cruzado los umbrales de la adolescencia.

Es la noche que nunca se olvida; aquélla en que, tras de una cena rápida y frugal, nos hemos acurrucado todos bajo la tibieza protectora de las sábanas sin poder conciliar el sueño, cerrando los ojos cuando las pisadas, cada vez más perceptibles, de uno de nuestros familiares denotaba su cercana presencia, aguzando el oído, deseosos de sorprender la llegada de los egregios visitantes, que desde Oriente vienen

a dar una prueba de su munificencia a los niños buenos.

En la farsa, como en la vida, Norma Shearer interpretando una escena de la película «El Circo del Diablo»



Lillian Harvey desea felices Pascuas a todos sus amigos y admiradores.

Nos han dicho que hay que dormir pronto y nuestro empeño por seguir el consejo es quizá el mayor obstáculo que se opone a su realización; los párpados han temblado, resistiéndose a nuestros propósitos; la oración se ha extinguido en nuestros labios apenas comenzada; la emoción ha puesto en nuestro cuerpo unas extrañas agitaciones imposibles de dominar... Y soñábamos; soñábamos con los ojos muy abiertos, con la mirada perdida en la obscuridad del dormitorio, iluminado a veces con tenues reflejos que, poco a poco, iban tomando forma corpórea: era, primero, un anciano venerable — la corona resplandeciente sobre sus luengos cabellos, el manto de armiño pendiente de los hombros —, que nos sonreía desde un ángulo de la estancia; después, una larga caravana se nos acercaba paulatinamente, portadora de la codiciada carga — ya nos parecía escuchar bajo el balcón las pisadas de las cabalgaduras —; más tarde, hemos visto, imaginariamente, di-



Carole Lombard, de Paramount

imágenes que no pierdan nunca la fragancia de una realidad rediviva, símbolo de algo que con los años se extingue en nosotros; por eso lo recordamos siempre con el cariño que se guarda para el recuerdo de momentos felices, pero con la amargura que despierta en nosotros el pasado que, precisamente por serlo, sabemos no ha de volver...

ALFREDO MIRALLES

Anita Page, menos inocente de lo que pudiera creerse, atisba desde un árbol cercano a su casa la llegada del Padre Noël.

Conchita Montenegro vuelve por un instante a la primera edad en esta mañana de Pascuas.

seminados por el suelo todos aquellos cachivaches que han constituido nuestra ilusión durante un año...

Por último, el cansancio nos vencia siempre, pero continuábamos soñando: el hada buena desplegaba entonces sobre nosotros su manto color de rosa y por él iban desfilando los héroes de las inocentes fábulas que durante las interminables veladas invernales cautivaban nuestra atención: Blanca Nieves, Caperucita Roja, el gato con botas, la pájara Pinta, Melchor, Gaspar, Baltasar...

PARA los niños de ayer, hombres de hoy, es ésta la noche en que se vuelve, inexorablemente, a la primera edad: nuestra ilusión corre hoy pareja con la de los hijos, del mismo modo que antaño era la de nuestros padres igual a la que experimentábamos nosotros; es el momento en que las preocupaciones de la cotidiana lucha abren un paréntesis compasivo en nuestra imaginación; la noche en que disfrutamos con íntima complacencia, no exenta de egoísmo, haciendo funcionar el tren mecánico, pulsando con timidez infantil las teclas de un piano minúsculo o animando a nuestro antojo una escena de Guignol...

Noche, para nuestros niños, en que los Reyes Magos, con su cortejo deslumbrador, vienen a cumplir su misión anual; para otros, noche en que el Padre Noël, con su barba blanca y su ropón salpicado de nieve, penetra, sigiloso, por el hueco de la chimenea y adorna, solícito, el pino enano del cual penden todos los objetos que han constituido su anhelo constante y cuya promesa sirvió de eficaz estímulo a su comportamiento y aplicación.

Noche en que el hombre se acomoda, en virtud de un impulso subjetivo, al nivel mental del niño para, borrado el hecho diferencial que la edad significa, disfrutar de sus mismas ilusiones, que, aunque alejadas, no desaparecen jamás de nuestra mente;

La pequeña Bessie Love, para quien el transcurso de los años no tiene importancia, revive uno de los momentos más felices de su existencia.

La ficción en que toma parte ha roto forzosamente en Mimi Green el encanto que el árbol de Navidad tiene para los niños.

(Fotos Metró, Paramount y Ufa)

La nueva aventura de Douglas Fairbanks, padre

Crónica de los Estados Unidos (Especial para Films Selectos), por Mary M. Spaulding

Douglas Fairbanks ha vivido cuarenta y siete años a saltos. A la edad de dos se tiró desde un tejado, aplastándose lastimosamente el rostro; pero le tomó cariño a la aventura.

Desde entonces, el inimitable «clown» ha recorrido la escala de los saltos: de la literatura de Shakespeare a la Bolsa de Wall Street... de estudiante minero a actor de cine; de una obscuridad relativa a la más brillante carrera cinesca; de la alfombra mágica y legendaria en «El ladrón de Bagdad», a las inmensas pampas argentinas en «El gaucho»... ¡Fantasía y realidad!

Durante muchos años el espíritu aventurero e indomable de este hombre de bronce, volcó sus ambiciones de lanzarse a través de la vida en busca de sensaciones nuevas e infinitas en filmaciones de asuntos fantásticos...

Todos los héroes de leyenda se agitaron en su alma. Los admiró tanto, que llegó a compenetrarse con ellos hasta imitarlos remotamente en las vaguedades de su subconsciencia... De ahí que surgieran aquellas series de inolvidables películas como «Robin Hood», «El pirata negro», «Los tres mosqueteros», «El signo del Zorro», «El ladrón de Bagdad», «El gaucho»...

Espectáculos gloriosos en los cuales, ya fuera D'Artagnan, o cualquier otro personaje creado por la fantasía, enardecía a las masas, que esperaban ansiosas la espada vengadora del simpático deshacedor de entuertos, protector de los débiles y juez inexorable de los victimarios... Cada nueva creación de Douglas Fairbanks era esperada ardientemente.

Su nombre llegó a ser símbolo en el cine. Los triunfos artísticos estaban basados en la simpatía personal del actor; y en el prestigio de ser el consorte de Mary Pickford, también...

Poco a poco las películas escasearon... Los viajes, las atenciones sociales y especialmente la pasión brusca por el golf pareció que alejaba a Douglas de muchas cosas que antes eran el motivo directo de su vida...

Y después de envolverse en comentarios de índole diversa y asegurarse que



Douglas, cercano a los cincuenta años, puede vanagloriarse de ser uno de los mejores atletas de Hollywood.

Douglas Fairbanks había dado definitivamente el último adiós a la pantalla, he aquí que Douglas da el salto prodigioso en su carrera acrobática: desde el puerto de San Francisco hasta los sombríos junglares de la India...

Julio Verne necesitó ochenta días para que su fantástico personaje, Fileas Fox, recorriera el mundo. Douglas nos lleva consigo a través de parajes intrincados, haciéndonos conocer curiosos e insospechados detalles, ¡en ochenta minutos!

Pero, naturalmente, a base de saltos, para seguir la tradición de lo que ha sido su carrera artística. Y sin descuidar el inocente «bluff», imprescindible en Hollywood.

Douglas anunció hace algunos meses, escasamente seis, que iba a lanzarse a una aventura para su distracción personal. Nada de negocio, nada de publicidad... Un viaje al lejano Oriente en busca de nuevas emociones, mientras Mary desgranaba las cuentas de su triste rosario de incertidumbres y espera, en la paradójica soledad de su mansión apretujada de gentes...

Empero, Douglas llevó consigo un director conocido: Victor Fleming; el correspondiente fotógrafo, ayudantes y demás maestros para un verdadero viaje de exploración...

Y al llegar a San Francisco y poner los pies en el barco que había de conducirlo a los remotos parajes, ricos en emociones nuevas, Douglas sintió surgir al indómito «puyoso» que lleva dentro: comenzó, pues, sus cabrioleas históricas y desde la torre de veinte baúles que llevaba con él hasta la chimenea del barco, hizo el viaje en dos saltos. La cámara fotográfica, acostumbrada a captar el más insignificante gesto del monarca de Hollywood, funcionó desde aquel instante sin cesar...

Nada tiene de extraño, pues, que aun antes de que el navío saliera de la bahía de San Francisco, ya Fairbanks, padre, preparase el nuevo film con que había de deleitar a sus muchos admiradores... Al traer consigo los preciosos documentos históricos que halagan su vanidad, ciertamente que Dou-

glas ha alcanzado un nuevo triunfo. Es un film que en nada se parece a los demás que ha hecho, (a excepción de las maromas). A la vez que instructivo es interesante y divertido. Su personalidad simpática pone la nota picaresca y cómica en los momentos más áridos, evitando que haya un instante de fastidio en sus ochenta minutos de proyección.

Ahora el triunfo alcanzado le ha abierto nuevos horizontes. En el ocaso de su carrera como actor, surge Douglas Fairbanks como explorador genial. Después de este viaje desde Honolulu hasta Japón, China, Siam, India, Indo China, Douglas acaba de embarcar hacia Europa y Asia, para filmar la nueva serie de sus nuevas aventuras... Y en la lejanía vislumbra ya otro recorrido por la América del Sur...

El espíritu inquieto ha sacudido vigorosamente las cadenas que lo ataban a Hollywood...

DESDE mi butaca, mis ojos lo han seguido a través de toda esta interesante aventura. Lo he visto subir a saltos por los jardines del incomparable Taj-Mahal — el más bello poema en piedra que ha podido ofrecer el amor de un hombre a una mujer —; lo he visto en medio de una procesión funeral, a orillas del sagrado Ganges, mientras tenía efecto una ceremonia supersticiosa; en un banquete ofrecido por el rey Pradjh-pok, en la península de Siam, donde, a pesar de su fama mundial, Douglas ha tenido que conformarse con un lugar secundario, pues que las primeras filas estaban ocupadas por la nobleza siamesa...; en presencia de las bellas bailarinas... en las selvas intrincadas donde se caza el leopardo; en las

Douglas Fairbanks y Victor Fleming, durante su viaje de exploración por el Oriente, último intento cinesco del marido de la rubia Pickford...



sucias calles donde se hacían en terrible promiscuidad humanos y animales, y donde los hindúes llevan a cabo sus actos de encantamiento, mientras que manos expertas extraen el veneno de los cuerpos blancos y viscosos de las cobras...

Lo he visto, en fin, con interés creciente a través de toda esta gama colorida de acontecimientos raros, y, sin embargo, todo el tiempo he estado consciente de la presencia, en mi mente, de la mujercita que hace once años conquistó completamente al vigoroso e inquieto actor...

¿Habrá sentido celos — me he preguntado — de esas muchachas japonesas que le piden con voz tan dulzona un autógrafo?... ¿Le gustará a Mary que Douglas haya bailado con esa bellísima oriental de ojos tan húmedos?... ¿Habrá pensado en la historia de Aziyade?...

Pero volvamos a este nuevo Douglas en su llamante carrera como explorador. Hay que admitir que el hombre es incansable. Difícilmente podría citar otro caso de atletismo tan perfecto a su edad. Con razón Douglas Fairbanks representa en Hollywood la colonia juvenil. Para la nueva generación, este hombre, de musculatura prodigiosa, es un dios; la inspiración del espíritu deportivo. Y su imaginación, viva y audaz, corre parejas con su cuerpo vigoroso. De ello tenemos pruebas suficientes durante toda la proyección de este film original.

Por ejemplo: cuando llega el instan-

(Continúa en la página 24)



El pequeño grupo de exploradores que llevó Douglas Fairbanks en su reciente viaje, se extasiaban en la contemplación de un hermoso leopardo que el actor acababa de cazar... (o que da la ilusión que ha cazado...)

TABÚ

LEYENDA
DE LA POLINESIA
NARRADA
EN
IMÁGENES
POR
F. W. MURNAU



«Tabú» es muy superior en refinamiento artístico a otros del mismo carácter, forma de expresión y medio ambiente, anteriormente proyectados, aunque esta cualidad no le sea reconocida por los gustadores de anécdotas, los cuales abundan, y no solamente entre el gran público.

El argumento, mejor dicho, el poema de «Tabú», sobre todo en su primera parte, es de belleza tal, que a mi entender tendríamos que recurrir a la literatura oriental o de la Grecia clásica para encontrar otro semejante. El gozo de vivir, la alegría, el amor, la totalidad interponiéndose a la dicha, el cariño fraterno, el sufrimiento maternal, todo está expresado y maravillosamente expuesto en esta película.

Los personajes no son de cartón y trapo como en tanta obra como hoy se proyecta, escribe y pinta. Sus pasiones son humanas sin mezcla de literatura ni convencionalismos. Es la realidad, el natural, no estropeado por una falsa cultura e insincero refinamiento. Es la sencillez de los sentimientos del ser humano puro, expresados también de un modo sencillo, sin complicaciones, sin preocupación de teorías ni de técnicas. Esta es tal vez su mejor, su más grande cualidad: la sencillez, la claridad, cualidad rarísima de encontrar en las obras de Arte actuales y por la que tanto se suspira y anhela, hasta el punto de que el Arte actual finge balbuceos y dirige su vista hacia el más antiguo primitivismo en busca de esa sencillez y claridad, esto es: de la sinceridad tan atropellada por las teorías, filosofías y ciencias artísticas.

«Tabú» también es una prueba (prueba no muy agradable, seguramente, para cierto importantísimo sector cinematográfico) de que no es necesario, para producir una película de calidad, recurrir a celebrados actores conocidos de todas las artes escénicas; lo que si es necesario, indispensable, es un director. Esto, que ya

se ha dicho repetidas veces, queda en «Tabú» comprobado rotundamente, pues sus protagonistas, no profesionales, actúan ante la cámara expresando toda suerte de sentimientos, no digamos que mejor, pero si tan bien como los más renombrados astros. Todo por obra y gracia de Murnau.

Además, esta película, la más corporea, artística — física y moralmente — de cuantas conozco, tiene el aditamento acertadísimo de la música descriptiva que substituye con ventaja a la palabra y eleva el cine sonoro al más alto puesto del Arte, esto es, de la emoción estética y pura.

Si nos dejáramos llevar por el papel de crítico, en el más agrio sentido de la palabra, tal vez rebuscando mucho encontraríamos algunos peros, mas ello sería repetir la frase del portugués que, viendo la Giralda de Sevilla y no queriendo confesar que le gustaba por completo, dijo «¡si tuviera dos dedillos más!». TOMÁS G. LARRAÑA



EDWINA BOOTH
heroína de *Trader Horn*



CARLOS GARDEL A SU PASO POR BARCELONA...

Nos habla de su vida, de su excursión por América y de sus inquietudes cinematográficas

por MANUEL P. DE SOMACARRERA

VISION Y CONCEPTO DEL «AS» DEL TANGO

Guay bohemio y mejor artista, este muchacho de perfil notablemente criollo, que cual estandarte, lleva a cuestras su guitarra y asimismo deja oír sus canciones por dondequiera que va.

Carlos Gardel puede decirse que es el creador del tango y el más fiel intérprete del sentimiento gaucho. Cuando canta, parece asomarse a sus ojos la luz de su amada Argentina y encenderse la serpentina de su sonrisa que parece estar siempre impresa en la boca.

Hasta que no apareció Gardel, se ignoraba el tango. Sólo se conocían las zambas, chacareras, vidalitas y todo ese re-

peritorio nacido de los aires camperoargentinos. Pero él sintió el tango y lo hizo suyo, paseándolo por todos los escenarios de Europa y Sudamérica, hasta llegar a hacer comprender a las gentes la belleza y el sentimiento que emana del mismo.

No hace todavía cuatro meses que el nombre de Carlos Gardel leíase con letras luminosas en un popular cabaret parisino. Fueron días aquellos en que el «as» de los cantos criollos compartía el aplauso vivo del público con el trabajo de los estudios cinematográficos. Iba y venía constantemente de Joinville a París o viceversa, hasta que quedó listo el rodaje de «Luces de Buenos Aires», el primer film interpretado por Carlos Gardel, que no hace mucho fué estrenado en nuestra ciudad y en el que realiza una excelente labor que le acredita como un actor dramático de envidiable porvenir.

ESCENOGRAFIA E INTERVU

TABERNA de puerto. La Barceloneta. Hace unos momentos que Carlos Gardel desembarcó del «Conte Rosso» para brindarnos un rato de charla. Dentro de una hora volverá a embarcar rumbo a Villefranche para, una vez allí, continuar en automóvil su viaje hacia París.

Mientras saboreamos el típico condumio que nos ha sido servido al estilo de la tierra, Pepito Samitier, el popular «intelectual del músculo» y amigo de todos los artistas, cuenta una de sus famosas aventuras con el esférico que a todos cuantos componemos la tertulia nos llena de satisfacción, especialmente al «as» del tango, ya de por sí contento al volver a estar siquiera unos momentos entre nosotros y poder asimismo contar-nos algo de su vida y de su arte.

—La excursión de dos meses que he realizado por Buenos Aires y Montevideo — nos dice — me ha servido de mucho. Mis paisanos me recibieron con los brazos abiertos y en todas partes he sido cordialmente homenajeado. De buena gana hubiera permanecido allí más tiempo; pero la «Paramount» me reclama de nuevo y he de presentarme lo antes posible en sus estudios de Joinville.

—¿Para filmar otra película? — pregunta el reportero.

—Creo que sí, aunque no me atrevo a afirmarlo.

—¿Ha gustado a sus paisanos «Luces de Buenos Aires»?

—¡Cómo no! A mí me parece igualmente que la película está muy bien, especialmente de técnica y fotografía. También la interpretación, salvo yo, la juzgo admirable. Creo que con el tiempo, y si sigo cultivando el cinema, podré hacerlo mejor.

—Luego, ¿no volverá al «music-hall»?

—Por ahora quiero consagrarme al cine. Claro que esto no quita para que si me sale «un buen negocio artístico» lo aproveche.

—¿Es cierto que no sabe música?

—Exacto. Casi todas mis canciones son improvisadas y sólo canto lo que siento.

—Pero aun sin saber música, parece que todas sus tonadillas han sido escritas sobre el pentagrama. ¿Cómo se inició en ese arte tan suyo y sentimental?

—De manera bien sencilla. Siendo un «pibe» ya improvisaba tangos que cantaba a mis amigos en la calle. Si alguna vez enmudecía por cualquier tontería, ellos eran los primeros en amedrentarme para que no perdiera mi afición. «Cantas o te damos de patadas», solían decirme. Y cosa rara: era así como se me pasaba el enfado y me hacían cantar de nuevo.

—¿Después?

—Canté en reuniones de familia y «soirées» aristocráticas hasta que logré hacer mi «debut» como tanguero en el Teatro Astral de Buenos Aires. El primer tango que interpreté a la guitarra, puede decirse que fué realmente el que me consagró. Es, como usted sabe, el titulado «Campesita» que hizo-se tremendamente popular y ha sido grabado en discos de gramófono.

Apuramos unos vasos de vino. Se brinda por España y por América. Samitier vuelve ahora a hablar a Gardel de su gran amigo

(Continúa en la página 24)



He aquí
a Kathryn Crawford,
moderna «Mamá Noël», que como
regalo de Navidad nos ofrece, además del
clásico y brillante árbol, una encantadora sonrisa.



1



2



3



4



5



6



7

COMO CELEBRAN LA NAVIDAD ALGUNOS ARTISTAS

- 1 - Lillian Roth, va a buscar a papá Noé montada en un tobogán.
- 2 - Dorothy Jordan, aprovecha el sueño de Papá Noé para reñirle en el saco.
- 3 - José Nieto, ve con estupor, cuando llega cargado de regalos para Carmen Larrabetti, que ya Juan Tormo le ha ganado la mano.
- 4 - La estrella bebé de este año, Joan Marsh, actúa de botones de Papá Noé.
- 5 - Louise Huntington, se divierte paseando a la víctima de la fiesta antes del aplauso.
- 6 - Mary Brian, va por sí misma a buscar el abeto que en su hogar ha de actuar de árbol de Navidad.
- 7 - Helen Twelvetrees, sonríe ante el original regalo que en sus medias depositó San Nicolás.



George Barbier actúa en los Estudios de la Paramount de Papá Noel, para regalar juguetes a los pequeños artistas Jerry Tucker y Robert Coogan.

El maestro Serrano y la cinematografía



Lejos de todo ruido cosmopolita, humildemente, el maestro Serrano se dedica a dar de comer a sus aves.

Evadido de todo ruido cosmopolita, como un nuevo Tolstoi, don José Serrano se ha refugiado en un pueblecito cercano a Valencia, entre las aguas estáticas de la Albufera, para dedicarse casi por completo a la contemplación. Le acompañan en su silencio su mujer y sus hijas. El maestro entretiene sus ocios dedicado a la pesca y al cultivo de su huerto. De vez en vez, se sienta al piano y compone. Entonces las carteleras de los principales teatros de España anuncian el estreno de una de sus obras. Don José se ve obligado a abandonar su casa de «El Perelló» y ha de hacer una escapada a la ciudad. Se presenta como nuevo al público. Hace una «tourné» por las ciudades españolas. Y, de repente, sin

saber cómo, desaparece. Don José Serrano vuelve a su finca de «El Perelló». Le atraen mucho más las rojas acequias y los inmensos arrozales, que los aplausos y la gloria. Allí, además, le aguardan, batiendo palmas de entusiasmo, su mujer y sus hijas, sus aves, su huerto, su piano, sus barcas y, sobre todo, la magnificencia parabólica de la Albufera.

Nos recibe amablemente, en pleno huerto, con las manos sucias de tierra y sonriéndole los ojos de viveza tras los cristales de sus magníficas gafas de concha. Nos muestra su labor del día, sus aves y sus plantas más raras. Después se dispone a contestar a nuestro interrogatorio.

—¿Qué opinión le merece el cinema?

—De serie franco, debo decirle que voy poco al cine. No porque no me guste, sino porque mi apartamiento de la ciudad me lo impide. No obstante, cuando me es posible, voy a ver algún film.

—¿Qué películas prefiere, las habladas o las sonoras?



En los momentos de descanso, de recogimiento interior, don José Serrano imagina sus poemas sinfónicos.

—Desde luego, por muy malas que sean, las sonoras. Estas tienen siempre, sobre las otras, la ventaja de la música. Las dialogadas, menos que no lleguen a un mayor perfeccionamiento, resultan casi todas detestables.

—¿Hay algún artista de la pantalla que le emocione?

—Sí. Lewis Stone y George Bancroft. Greta Garbo también; en algunos instantes, resulta interesante.

—¿La sonorización del cinema cree aumentará la crisis de los músicos sin empleo?

—No creo que esto dañe en nada a la música. Más bien, esto servirá para expurgar y purificar el divino arte.

—¿Qué film, de todos los que ha visto, le gusta más?

—«Sombras blancas» y «Orquídeas salvajes». A mi concepto, son las dos mejores películas que he visto.

—¿No ha pensado usted hacer nunca nada para el cine?

—He pensado componer algo para la cinematografía. De hacerse algún día una versión cinematográfica de la novela de Blasco Ibáñez, «Cañas y barro», muy satisfecho me encargaría de componer el poema sinfónico de la Albufera. Creo que daría un resultado fantástico. Podría ser una cinta maravillosa.

La voz de don José Serrano se quiebra de siglillo en el agudo silencio de la tarde. Nos advierte:

—¡Lástima que tenga un poco de trabajo; podríamos hablar largamente sobre esto. No obstante, puede volver otro día; charlaremos.

Comprendemos la indirecta. Es ya un poco tarde. Le damos las gracias y salimos. PLA Y BELTRÁN



El maestro Serrano, en la luminosidad de la Albufera, sorprende armonías y peces...

Posibilidades de un cinema español

RECIENTEMENTE, durante una corta estancia suya entre nosotros, hablábamos con Juan de Landa, uno de los pocos actores españoles de Hollywood que tienen un sentido serio de la cinematografía, e indagábamos por nuestra cuenta cerca de él las posibilidades de un cinema español.

—¿Un cinema español? — repetía el interpelado —. Lo he-

cho hasta ahora no vale la pena de pensar en ello. Lo que se puede hacer todavía, si, porque, realmente, puede hacerse mucho; pero hay que hacerlo bien, si no queremos arriesgarnos al descrédito definitivo. Las cuestiones cinematográficas son más complejas de lo que parecen. Por lo pronto, exigen capital importante, ese importante capital del que nunca ha dispuesto ninguna entidad productora de España; además, exigen medios técnicos, de los cuales estamos huérfanos en absoluto. Con capital exiguo y sin medios técnicos, resulta inútil renovar quijotadas antiguas. No obstante, cabe obviar tan graves inconvenientes, a condición de no acusarnos demasiado patrioterros. Entiendo que procede constituir un núcleo productor, a medias nacional y a medias internacional, al objeto de repartirse ambas mitades los gastos. De momento, utilizaríamos una parte técnica totalmente extranjera,

pongamos norteamericana, puesto que no existe nacional, con operarios españoles que irían adiestrándose y nos permitirían independizarnos sobre el terreno técnico a plazo no lejano. Rodaríanse en España los exteriores, y para los interiores, igual que para las manipulaciones de laboratorio, nos serviríamos de buenos estudios europeos, como los alemanes, por ejemplo, mientras no los haya en nuestra tierra. Desde luego, ni el mejor director español se atreverá a asumir la responsabilidad de una primera obra de alta envergadura, y convendría confiársela a extranjeros asimismo, buscándolos con

preferencia en Rusia o Alemania, aunque supervisando su actuación un español de auténtica ejecutoria intelectual. Españoles habrían de ser también los asuntos y sus autores, sin perjuicio de que después elaborase el «découpage» el director nombrado, y españoles, en fin, los intérpretes, elegidos con seguro tino. Así, a mi juicio, no tardaríamos en crear una cinematografía autóctona, de profunda raigambre racial, que se diferenciara de ajenas cinematografías y que se bastara cuando poseyese recursos propios. —

Nada se nos ocurre oponer contra el claro plan de Juan de Landa, expuesto de muy concreto modo, y que procuramos reflejar con la mayor fidelidad. Jamás nos hemos manifestado partidarios acérrimos del cinema yanqui, sin que tampoco hagamos negado jamás los méritos de su técnica, no del todo yanqui, dicho sea de paso. ¿Por qué, pues, no aprovecharla en los inicios del cinema español, lo mismo que la práctica y el nimen de un director ruso o alemán, financiando a medias con capitales extranjeros la empresa, siempre acreedora a ciertas privanzas proteccionistas?

Y transcrito algo acerca de lo cuálos declaramos profanos por completo, insistiremos acerca de dos puntos que nos interesan en particular, sin salirnos de



Estudios y dependencias auxiliares de la R.K.O. en Hollywood, a vista de pájaro.

nuestra posición al margen de la pantalla. Se trata de la estética y del españolismo de un posible cinema español.

No por patriotería ni siquiera por anhelo patriótico, sino porque lo creemos verdad, opinamos que España comporta un país y un pueblo esencialmente fotogénicos. Lo proclaman su luz y sus paisajes, sus tipos y sus costumbres. Sin embargo, se requiere aprovecharlos según normas de noble decoro, estimándolos bajo aspectos de arte y entocándolos con miradas de artistas. Amén de esto, se impone en principio y a la postre obedecer imperativos cinegráficos y rehuir mil

Los estudios de la Paramount en Joinville, que dan una idea de lo complicada y costosa que resulta la instalación de un estudio.



ceados que de continuo tiende al cine el error. Debemos abolir las adaptaciones de zarzuelas y libros inclusive, debemos condenar el tópico, debemos volver la espalda a los temas estúpidos, debemos mostrarnos originales. Difícil se denota la tarea; mas sólo a trueque de tamañas dificultades alcanzará éxito. Y la pristina preparación

del éxito estriba en que cada uno estudie y cultive sus aptitudes, dejando ya de improvisar y de rendir un cómodo homenaje a la ignorancia. El impulso espontáneo, que a veces surte efectos maravillosos, los surte si los vigila el ojo de la sabiduría.

Y abordemos el capítulo del españolismo. Nuestro público odia la «españolade», considerándola un insulto, y a fin de patentizar nuestro progreso, en los intentos de producción española, se ha preferido con frecuencia recoger elementos incoloros de la vida moderna, que no se distinguen acá de los de fuera de acá, a exhibir elementos característicos que se con-

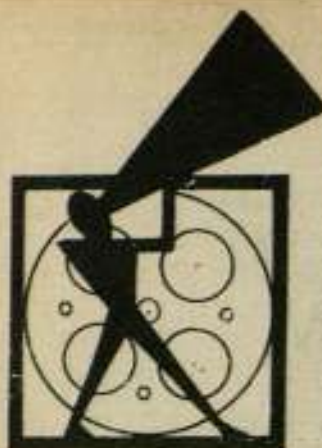
serven invariables. Entre la «españolade» cinematográfica y el prurito falsamente españolista de fotografiar los pequeños rascacielos de Madrid, «verbi gratia», nos inclinamos hacia la «españolade» sin vacilaciones. Lo que



a naturales y extraños ofrecen de atractivo España no serán unos malos aprendices de rascacielos, que en manera alguna nos definen, y si cuanto no defina a constructores de rascacielos bien logrados.

He aquí los sencillos argumentos que agregamos a unas precisas palabras del actor Juan de Landa, reforzándolas con lo que nos sugieren. Persuadidos de las posibilidades de un cinema español, deseáramos no verlas desvirtuadas de antemano. A tal deseo obedece el aporte de estas ideas, acaso orientadoras.

GERMÁN GÓMEZ DE LA MATA



NOTICARIO

***** FILMS
SELECTOS *

Hubo una época en la que estuvieron muy de moda las imitaciones de Charlot. Todas las compañías cinematográficas tenían su actor encargado de las cintas charlotescas, final cómico obligado de todos los programas.

Una empresa de Nueva York organizó un concurso para premiar la imitación más perfecta. Se presentaron muchos actores y una gran cantidad de

Nils Asther, famoso actor sueco, nuevamente contratado por la Metro Goldwyn-Mayer, dando lecciones de música a su hija Evelyn Duncan Asther.



La bellísima artista Joan Crawford, vista por Via.

desaprensivos dispuestos a llevarse los dólares de la recompensa.

El premiado en segundo lugar protestó de la elección del jurado; pero no le sirvió de nada. El fallo era inapelable, y todos, jurados y espectadores, consideraron inoportuna la reclamación.

Lo malo es que el protestante tenía razón. El que no había servido para imitar a Charlot era... el propio Charles Chaplin.

LOS ACTORES INFANTILES. — Hay en Hollywood unos mil seiscientos niños, cuyas madres, cada vez que suena el teléfono, se lanzan presurosas a imponer condiciones a un presunto interesado: en los talentos escénicos de sus hijos. Ante todo, es preciso tener siempre listo un vestidito nuevo, recién planchado, porque el bebé debe estar siempre en condiciones de acudir a una posible entrevista; es preciso que esté bien alimentado y cuidado, para que sus sonrisas tengan fácil y elevada cotización en el mercado pelicularo.

Desde el punto de vista de trabajo, los actores infantiles de Hollywood están infinitamente más considerados que los niños empleados en cualquier otra industria, pues no se omite medida alguna para que se les atienda con todo esmero durante las horas de trabajo, las cuales, por lo demás, están reguladas con precisión militar. En todos los estudios se observa la regla de que los niños menores de seis años de edad no deben permanecer en el estudio más de una hora diaria, de la cual sólo veinte minutos pueden trabajar ante la cámara; sin que se consienta que

MG-18705
MGM



Una escena de la filmación de la gran película Metro-Goldwyn-Mayer, «Trader Horn»

queden expuestos a las luces del estudio por más de treinta segundos.

Los niños mayores de seis años y menores de diez y ocho, solamente pueden permanecer en el estudio ocho horas diarias; de las ocho, solamente cuatro pueden trabajar, y las otras cuatro las dedican al estudio y al recreo, convenientemente vigilados por inspectores competentes. Durante los meses de escuela, las cuatro horas las dedican al estudio, bajo la dirección de un maestro nombrado para ello.

Uno de los estudios, el de la «Paramount», tiene un chalet-escuela, en el que hay, aparte de las dependencias escolares, secciones especiales destinadas a las horas de recreo de los niños.

ADOLPHE OSSO, aconsejado por el joven y culto director general de la producción extranjera, Mr. Robert Hakim, quiso un día ver la posibilidad de producir películas habladas en nuestro idioma. Vino a España y estudió de cerca el problema artístico y económico, comprendiendo en



Madge Evans es una apasionada de la equitación. Vela aquí, con su caballo favorita, en una hora libre entre intervalos de su nueva película para la Metro Goldwyn Mayer.

seguida que el resultado de aquel estudio estaba completamente de acuerdo con sus deseos. Acto seguido, siempre atendiendo las indicaciones de Mr. Robert Hakim, contrató al célebre «metteur en scène», Benito Perojo — director de «Para toda la vida», «Más allá de la muerte», «La condesa María», «Corazones sin rumbo», «El embrujo de Sevilla», «Boy», «Malvaloca», «El negro que tenía el alma blanca», «La bodega», «Mamá», etcétera —. Y después de reunir todos los elementos necesarios — asunto, artistas, técnicos, etcétera —, comenzó a rodar la primera obra española, que lleva por título «Niebla» — cuyos protagonistas son María Fernanda Ladrón de Guevara y Rafael Rivelles —, a la que sucederán durante el año próximo diez más, debidas a la pluma de los escritores más conocidos.

Una película como «Niebla», tiene alrededor de dos mil quinientos metros de celuloide. Se emplearon, al hacerla, cerca de veinte mil. Por lo tanto, diez y siete mil quinientos quedan como inservibles. El metro de film vale diez francos. Sólo en esta materia se pierden ciento setenta y cinco mil francos. Cada escena, al hacerse, se suele repetir de tres a cuatro veces..., para luego elegir la mejor...

La actriz de la pantalla, Dorothy Dalton, después de haber alcanzado fama en el cine, vive ahora feliz y retirada en su magnífica residencia de Great Neck, Long Island, con su esposo Mr. Arthur Hammerstein y su hijita de cinco años, Louise.

LEATRICE JOY, que fué esposa de John Gilbert y Mr. William Spencer Kock, comerciante de Los Angeles, van a contraer enlace matrimonial brevemente. Queremos decir en breve tiempo, no por breve tiempo, no hay que confundir.

Johnny Weissmuller, campeón internacional contratado por Metro-Goldwyn-Mayer, le da algunas lecciones de natación a Buster Keaton, el comediante de la casa de pabo



Cineas presenta la producción sonora
May - Film

• Su Majestad el Amor

Dirigida
por
JOE MAY



INTÉRPRETES:
Roger Treville
y Annabelle



SINOPSIS

En la dorada cabecita de Lia anidan dulces sueños de amor.

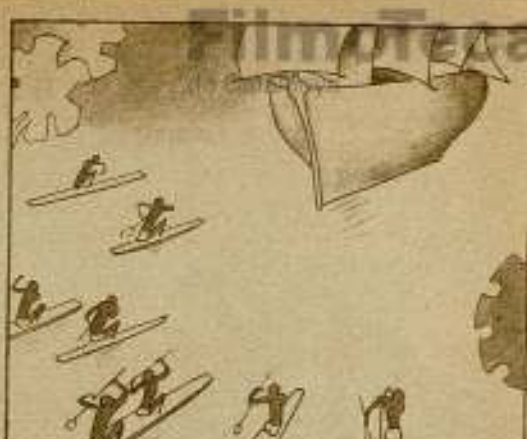
Un joven, rico y elegante, le ha prometido hacerla su esposa y sacarla del cabaret donde trabaja como dependienta, ofreciéndole una vida llena de felicidad y alegría. Pero la promesa no llega a realizarse, hasta que un «accidente» obra el milagro, cuando todo parecía haber terminado, y Lia, desesperada, había dado su promesa a otro hombre, hacia el que la empujaba el interés solamente.



Mientras los alegres habitantes de la Polinesia se solazan en un tobogán acuático de nueva invención, Reri y Matahi se aman.



Matahi es un pescador de peces de colores, que en lugar de caña emplea un tenedor.



Un día ¡ay! aciago, la tranquilidad de los polinesios se ve truncada por la presencia de un velero siniestro.



Y un mensajero amarillo, del emperador de las islas, comunica a los fotogénicos polinesios que Reri ha sido escogida por el emperador y proclamada Miss Polinesia, y que de su honor depende el honor de todas las islas. ¡Nadie osará tocar a Reri! Y si alguien osara... ¡Tabú! que equivale a decir «tableaux». ¡Pobre Reri! ¡Pobre Matahi! ¡ah!



El día de su despedida, Reri baila su última danza polinesia con Matahi. ¡Cómo laten sus corazones! ¡Cómo se miran! Hasta que, por fin, ignorantes del peligro que corren, se abrazan. — ¡Basta de ósculos! — exclama el mensajero chino, amarillo de indignación.



Matahi, disimulando su cabeza entre un montón de calabazas que flotan en el agua, sigue el velero en que va Reri; la rapta. — ¡Tabú! ¡Tabú! ¡Tabú! — gimen todos, presintiendo una gran desgracia. Y mientras los dos tórtolos huyen, el delegado chino jura rescatar a la elegida de los dioses.



Matahi se dedica a pescar perlas, y para sustraerse a la superstición se sumerge en los lugares más peligrosos frecuentados por un tiburón. ¡Y triunfa! ¡Sí! ¡Ya no cree en el Tabú! Por fin, es un hombre reivindicado submarinamente.



Pero Reri, débil y crédula, se deja asustar por el mensajero chino, que comparece de noches a hacer el fantasma, y, loca de temor y de superstición, una noche de luna le sigue.



¡Pobre Matahi! Intenta inútilmente seguir la barca donde huye el mensajero chino llevándose a Reri, hasta que sus fuerzas flaquean, sus miembros se entorpecen, sus ojos se nublan... ¡Glu! ¡glu! ¡glu! y fallece. ¡Lástima de muchacho!

OPINAMOS QUE...

Trader Horn, película «Metro-Goldwyn-Mayer», interpretada por Edwin Booth, Harry Carey y Duncan Renaldo. Estrenada en el Tivoli.

Son tantas ya las películas que sobre tierras salvajes o exóticas nos va dando el cine, que por momentos se hace preciso examinarlas desde puntos de vista más concretos y definidos que el mero de «película documental» que ha servido hasta ahora.

Cuando no abundaba esta clase de películas, una cualquiera que se hiciese de ellas atraía por sí sola la atención de todos, y sus errores o deficiencias contaban por delante con un amplio voto de tolerancia por parte de los espectadores, en atención a lo dificultoso que es realizar al natural obras así. Hoy, en cambio, como lógica consecuencia de la abundancia y de la posibilidad de hacer todo en los estudios, nos sentimos ya inclinados a juzgar con menos tolerancia — casi, casi con exigencia — los films de carácter documental o instructivo.

Y «Trader Horn» es, precisamente, uno de esos films que invitan a ser exigentes, no tanto porque sea de un género en que ya se han visto cosas buenas, como porque, en el fondo, quiera apartarse del tipo corriente de película documental, por más que conserve en lo exterior las líneas generales propias del género.

Prácticamente, en esta producción de Van Dyke empieza a decaer la importancia del aspecto instructivo de los pueblos, paisajes y animales que se presentan. El ambiente de correría por tierras salvajes pierde el clásico interés de lección amena de geografía y de historia natural, para transformarse en el interés que inspiran los riesgos y peligros del espíritu de aventura. Los momentos difíciles, por tanto, no son para ponderar sinceramente lo dificultoso de la filmación, sino para acrecentar artificiosamente el heroísmo de unos

exploradores, cosa que, como todos sabemos, puede hacerse perfectamente en los estudios, y, si se hace en plena naturaleza, sólo es para añadir a la película el valor de la amplia realidad del decorado y de la comparsa.

Por otra parte, los elementos emocionales de «Trader Horn» son los de la genuina novela de aventuras, aunque poco desarrollados para dar mayor realce a lo documental: el tipo del explorador tímido e inexperto que se sorprende a cada momento, y el del explorador curtido y arriesgado que, por eso mismo, acrecienta el interés en los momentos de peligro del viaje; la lucha contra las fieras que acometen al hombre indefenso; las tribus indígenas que persiguen a unos fugitivos blancos; el hambre y la sed que les lleva a dis-

putarse la presa con las mismas fieras.

Y para dar cuerpo a este conjunto de interrumpidas emociones, sirve de armazón un sencillo argumento que, aun dentro de su sencillez, tiene toda la envergadura de las concepciones característicamente novelescas. Esto es: el rescate de una joven blanca que los negros veneran como un ídolo. Y resulta ser una salvajita de línea impecable, con cejas depiladas y uñas de manicura, y con unos instintos — adormecidos, claro está — de vampiresa, que hacen acabar la excursión por el corazón de África con los consabidos abrazos y besuquitos de las comedias del gran mundo.

Por eso decimos que «Trader Horn» es película con la que se siente uno inclinado a ser más exigente que con las películas sencillamente documentales o sencillamente de aventuras. Para documental, falta la emoción estética que inspira la contemplación de la naturaleza pura, y para narrativa, sobre el desfile — algo confuso, por cierto, y sin relieve fotográfico — de los elementos que integran la naturaleza virgen de África.

L. C. R.

ocupantes en el mismo Hollywood, frente a la regia mansión de los Pickford-Fairbanks, donde se ha dado cita lo mejor de aquella pintoresca sociedad, para aclamar al intrépido viajero...

Una experiencia hermosa que satisfizo las ansias de aventuras emocionantes de Douglas, inspirándole nuevas ideas para proseguir con prestigio su carrera artística, que peligrosamente declinaba...

Un nuevo medio de robustecer sus millones sin necesidad de ponerse en ridículo con un film como «Alcanzando la luna», tan diametralmente opuesto al carácter y talento del simpático atleta...

Y, sin género de dudas, un estímulo para los casados, ya que Douglas les demuestra en la práctica que nada fortalece más el amor conyugal que esas separaciones periódicas...

MARY M. SPURLING

Carlos Gardel a su paso por Barcelona...

(Continuación de la página 12)

Mauricio Chevallier, y yo, más tarde, vuelvo a mi interrogatorio.

—¿«Luces de Buenos Aires» es su primera película?

—Puede decirse que sí, aunque intervine con anterioridad en «La canción del gaucho», el primer film de costumbres argentinas realizado en mi patria y en el que solamente se oye mi voz, sin que aparezca como actor.

—Antes de su contrato con la «Paramount», ¿no le hicieron ninguna proposición para que trabajara en el cinema?

—Sí. La primera proposición sería para que apareciera en la pantalla, me la hizo Rosenthal, el representante de la «Fox» en la ciudad del Plata. Pero entonces persistía en mi manía de no hacer películas y éste fué el motivo de no aceptarla. Después..., ya usted lo sabe. En uno de mis viajes a París, y por complacer a unos paisanos que habían de filmar unas escenas en Joinville — escenas de un film de costumbres argentinas en el cual luego había yo de interpretar el rol de protagonista — acepté el contrato que me ofreció la «Paramount», y cuyas condiciones son bastante ventajosas.

Nada más. Terminada la comida, volvemos a dejar en el barco a Carlitos Gardel y no sin volver a estrechar fuertemente su mano y dar un viva a España y América...

MANUEL P. DE SOMACARRERA

La nueva aventura de Douglas Fairbanks, padre

(Continuación de la página 9)

te de poner fin a la película, sin hacerlo bruscamente y sin desorientar al espectador ni obligarle a seguir las peripecias aburridas de un viaje de regreso en el mismo barco, etcétera, Douglas imagina un truco divertido y supremamente inteligente: su última escena tiene lugar en una calle de Delhi, donde un hindú lleva a cabo un acto de ilusión cualquiera. Se establece el diálogo correspondiente, hasta que Douglas asegura que también él conoce las triquiñuelas de los magos... Hace recordar su película «El ladrón de Bagdad» e invoca la alfombra mágica... En ella se acomodan Victor Fleming, Cluck Lewis, el manager de la producción, y Henry Sharp, el fotógrafo, precedidos por Fairbanks... e inmediatamente aquella se eleva por los aires, y a una velocidad de tres mil millas por minuto, recorre Egipto, pasa por encima del Vesubio, atra-

viesa Roma..., se precipita por sobre el Atlántico, llega a Nueva York, sigue por Chicago, y deposita, suavemente, a sus

NO MÁS GRIETAS NI SABAÑONES

La Pasta Rosa Cura-Cutis suaviza la cara, conserva su frescura y combate, con éxito seguro, los Sabañones, Grietas, Diviesos, Granos, Quemaduras y toda clase de



irritaciones de la piel, constituyendo una verdadera especialidad en las propias de los niños. De venta en las principales droguerías, perfumerías y mercaderías.

DIRECCIONES DE ESTRELLAS

Warner Brothers Studios, 5842 Sunset Blvd., Hollywood, California
John Barrymore
Al Jolson
Monte Blue
Myrna Loy
Betty Bronson
May McAvoy
William Collier, Jr.
Edna Murphy
Dolores Costello
Lola Wilson
Louise Fazenda
Grant Withers
Ayudre Ferris

refrescos. Lo aceptaron cortésmente, pero con cierta desconfianza, y los dejamos mojando los bizcochos en la compota, pringados y mados.

¿Como puede usted comprobar, papaito, mi educación progresa!

¿Qué le parece a usted, si en vez de ser yo una escritora fuese una artista?

Las vacaciones se terminan dentro de dos días y estaré muy contenta de ver de nuevo a las muchachas. Mi torre se halla demasiado solitaria. ¡Cuando una casa construida para cuatrocientos, la ocupan solamente nueve, éstos se encuentran perdidos!

¡Once páginas, pobre papaito! ¡Qué cansado debe de estar usted! Quería que la presente fuera una nota cortita de agradecimiento, pero en cuanto me lanzo a escribir, mi pluma se niega a detenerse.

Adiós, y gracias por haber pensado en mí. Me consideraría completamente dichosa si no fuera por una pequeña nube que oscurece mi horizonte. Los exámenes se efectuarán en febrero.

Suya con cariño,

JUDITH.

P. D. — ¿Y si la frase con cariño no fuese bastante correcta? Si no lo es, perdóneme. Necesito querer a alguien y sólo puedo escoger entre la señora Lippett y usted, y a ella no la cuento, porque, querido papaito, no me es posible quererla.

Víspera de año nuevo.

Querido Papaito Piernas Largas:

Tendría usted que ver cómo se estudia en este colegio! Hemos olvidado que hayan existido las vacaciones. En los cuatro días que acaban de transcurrir, me he metido en la cabeza cincuenta y siete verbos irregulares y espero fervorosamente que ahí queden, al menos hasta que pasen los exámenes.

Muchas alumnas, no bien están listas de sus libros de texto, los venden. Yo pienso conservarlos. De esta

manera, cuando esté en posesión del título, seguiré teniendo mi instrucción íntegra en uno de los estantes de mi librería y siempre que me falte un dato, podré averiguarlo sin el menor esfuerzo. Es mucho más fácil y más seguro encontrarlo de esta manera, que si se procura retenerlo en la cabeza.

Esta tarde, Julia Penleton se dejó caer en mi habitación y me estuvo hablando más de una hora. Le dijo por inmiscuirse en los asuntos de familia. ¡Cuántos palos le hubiera dado! Deseaba saber cuál era el nombre de la camarera de mi madre. ¡Ha oído usted una pregunta más impertinente, sobre todo para ser dirigida a una muchacha que sale de un asilo? No he tenido valor de contestarle que no lo sabía y le he soltado el primer nombre que ha acudido a mi memoria, que ha sido el siguiente: Montgomery. Deseo entonces saber a quiénes pertenecía, si a los Montgomery de Massachusetts o bien a los de Virginia. Y he aquí lo que le he dicho:

«Su madre era una Rutherford. La familia principal en el arca de Noé, y estaban emparentados, por matrimonio, con Enrique VIII. Por parte de su padre databan ya de los antecesores de Adán. En las ramas primeras del árbol genealógico de su familia, hay un sinnúmero extraordinario de monos cubiertos de finísimos pelos de seda y con colas larguísima.»

Esta noche tenía la intención de escribirle a usted una carta graciosa y amable, pero tengo demasiado sueño y mucho miedo. Una alumna de primer año, no tiene nunca una suerte ruidosa.

Suya, y próxima a pasar los exámenes.

JUDITH ARBOTT.

Domingo.

Querido Papaito Piernas Largas:

Tengo unas noticias tan horribles, tan horribles que darle, que no quiero empezar por ellas; primero haré todo

Cótese por aquí

es tan difícil pensar en usted como en un teorema de geometría.

Dado un hombre alto y rico que odia a las muchachas, pero que es muy generoso con una muy impertinente, ¿cuál es su aspecto? R. S. V. P. (1).

19 de diciembre.

Al señor Papaito Piernas Largas.

A pesar de la importancia de mi pregunta, no ha contestado usted a ella.

«¿Es usted calvo?»

He dibujado su figura con gran facilidad y exactitud hasta llegar a la cima de su cabeza, en donde me detuve suspensa por no serme posible determinar el color de sus cabellos. ¿Son blancos, negros, grises, o...? He aquí el problema: ¿tiene usted cabellos?

¿Quiere usted saber de qué color son sus ojos? Son grises, y las cejas arqueadas como las curvas de un pórtico (cejiunto, como se dice en las novelas); su boca en línea recta tiene tendencia a doblarse hacia abajo por los extremos, y su carácter es afable por naturaleza. ¿Ve usted como le conozco?

(Suena la campana de la Capilla.)

9:45 de la noche.

Mi nueva norma de conducta es insuperable; no hay que estudiar nunca, nunca, por la noche, aunque sean muchos los deberes escritos que se tengan que entregar a la mañana siguiente. En cambio leo libros sencillos, lo que debo hacer para recuperar el tiempo perdido en dieciocho años. No puede usted imaginarse, querido papaito, qué abismo de ignorancia es mi cerebro; me estoy, pues, pagando una deuda. No tengo ni la menor idea de algunas cosas que, por rutina, saben la mayoría de niñas que poseen una familia propia, un hogar y una librería. Por ejemplo: No he leído nunca *Madre*

Ganzo ni David Copperfield ni Ivanhoe ni Robinson Crusoe ni Jane Eyre ni Barba Azul ni Cenicienta ni Alicia

en el país de las Maravillas, y ni una palabra de Rudyard Kipling. No sabía que Enrique VIII se hubiese casado más de una vez, ni que Shelley era un poeta. No sabía que R. L. S. fuese la firma de Robert Louis Stevenson, ni que Jorge Eliot era una mujer. No había visto nunca un retrato de Mona Lisa y es verdad, aunque no quiera creérselo, que nunca había oído nombrar a Sherlock Holmes.

Ahora, sé todas estas cosas y muchísimas más, y usted ya puede comprender que son muchos los ratos que necesito para aprenderlas. ¡Oh! ¡Esto es gracioso! Todo el día estoy esperando que llegue la noche. Entonces coloco un «ocupado» en la puerta, me pongo mi bonito vestido de baño color carmesí, mis zapatillas de piel, amontoño a mi espalda todos los almohadones que posco, enciendo la lámpara que hay en un rincón de mi cuarto y leo, y leo, y leo. Un libro sólo no me basta; necesito cuatro a un tiempo. En este momento precisamente tengo los poemas de Tennyson y *Feria de Vanidades*, los *Cuentos completos* de Kipling y (no se ría usted) *Mujercitas*, de Alcott. Me convencí de que era la única persona del colegio que no había leído *Mujercitas*. No se lo dije a nadie porque no me tildaran de extravagante. Sin consultarlo, sí, y lo compré: me costó 1'15 dólares, que



(1) Répondez s'il vous plaît. N. del T.

pagué con lo que me quedaba de la pensión del mes pasado; y así, la próxima vez que alguien lo nombre ya sabré a qué atenerme.

Sábado.

Señor:
Tengo el honor de comunicarle nuestras nuevas exploraciones en el campo de la geometría. El viernes pasado abandonamos nuestros trabajos sobre paralelepípedos para comenzar con los prismas truncados. El camino que actualmente recorremos es terriblemente duro y muy cuesta arriba.

Domingo.

Como quiera que las vacaciones de Navidad empiezan la semana próxima, mis condiscípulas ya tienen preparadas las maletas. Los corredores se hallan tan obstruidos que apenas se puede andar por ellos, y todo el mundo está tan nervioso con este bullicio, que el estudio ha quedado en segundo término. Voy a pasar unas vacaciones espléndidas. En el primer curso hay una compañera que vive en Texas, que no se marcha, y pensamos darnos largos paseos, y si hay hielo, aprenderemos a patinar. Tenemos toda la librería para leer y tres semanas de tiempo para ello.

Adiós, papaito, espero que sea usted tan feliz como yo.

Suya siempre,

JUDITH.

P. D. — No se olvide de contestar a mi pregunta. Si no quiere molestarse escribiendo, haga telegrafiar a su secretario. No tiene más que decir: El señor Smith es completamente calvo, o el señor Smith no es calvo, o el señor Smith tiene los cabellos blancos. Y puede usted deducir el importe del telegrama de mi pensión. Muy buenas, hasta enero, ¡y felices Pascuas!

A fines de las vacaciones de Navidad. Ignoro la fecha exacta.

Querido Papaito Piernas Largas:

¿Nieva en donde está usted? El terreno que se divisa desde mi torre, está cubierto de una alfombra inmaculada, y los copos que caen son grandes como palomitas de maíz. Anochece; el sol, atenuados sus fulgores, va desapareciendo detrás de unas heladas colinas color violeta, y yo, encaramada en mi asiento de la ventana, aprovecho las últimas claridades del día para escribirle.

¡Sus cinco monedas de oro me causaron una verdadera sorpresa! No estoy acostumbrada a recibir regalos de Navidad, y además ¡son tantas las cosas que usted me ha dado! Todo cuanto poseo. No creo, pues, merecer extraordinarios, aunque me gusten. ¿Quiere usted saber qué es lo que he comprado con ese dinero?

I. Un reloj de pulsera, de plata; con una correa de cuero, para saber siempre las horas del trabajo.

II. Los poemas de Mateo Arnold.

III. Una botella termos, para agua caliente.

IV. Una alfombrilla eléctrica. Mi torre es fría.

V. Quinientas hojas de papel amarillo para escribir. (Voy a empezar muy pronto a ser escritora.)

VI. Un diccionario de sinónimos. (Para ampliar el vocabulario de la escritora.)

VII. (Casi no me atrevo a confesarle lo último.) Un par de medias de seda.

Y ahora, Papaito, no diga usted que no se lo cuento todo.

Si usted supiera el motivo tan ruin que me obligó a comprar las medias de seda! Julia Penultion venía todas las noches a mi habitación a estudiar la geometría y se sentaba encima de la cama con las piernas cruzadas, luciendo sus medias de seda. Pero que se espere; tan pronto como vuelva de vacaciones, me pondré yo las mías, iré a su cuarto y me sentaré en su cama. ¡Ya ve usted, Papaito, qué criatura tan perversa

soy! Sin embargo, no miento nunca. ¿Verdad que usted sabía ya que yo no soy perfecta?

En resumen (esta es la palabra con la que el profesor de inglés empieza cada frase), estoy agradecidísima por mis siete regalos. Me he convencido a mí misma de que, desde California y muy bien embalados, me los ha enviado mi familia. El reloj me lo regala papá, la alfombrilla mamá, la botella para el agua caliente la abuela, que siempre teme me enfrie en un clima tan helado, y el papel amarillo mi hermanito Enrique. Mi hermana Isabel me ha regalado las medias de seda; la tía Susana los poemas de Mateo Arnold; el tío Enrique (mi hermanito Enrique se llama como él) me ha regalado el diccionario. Quería mandarme bombones, pero yo he preferido los sinónimos.

¿Verdad que no tiene usted inconveniente en representar el papel de toda la familia?

Ahora voy a explicarle algo sobre mis vacaciones, ¡o a usted sólo le interesa mi educación a secas! Espero que apreciará en su justo valor la delicada frase «a secas». Es la última innovación de mi vocabulario.

La niña de Texas se llama Leonor Penton. (En un nombre tan bonito como Jesusa, ¿no?) La quiero, aunque no tanto como a Sallie Mac Bride; nunca querré a nadie tanto como a Sallie, exceptuando a usted. A usted siempre deberé quererle más que a todos, porque usted es toda mi familia en un solo ser. Leonor, dos discípulas del segundo curso y yo, hemos salido todos los días a recorrer la comarca, vestidas con falda corta y chaquetas y boinas de punto, y arrastrando grandes bastones que nos facilitaban la marcha. Un día nos fuimos hasta la ciudad, que se halla a cuatro millas de distancia, y estuvimos en el restaurante a donde las jóvenes del colegio van a veces a comer. Nos dieron langosta asada (35 centavos) y de postre, dulces de

trigo negro y jarabe de arce (15 centavos). Alimento barato.

¿Qué diversión! Especialmente para mí, que lo encontraba todo tan distinto de mi vida en el Asilo. Cada vez que salíamos me parecía que hacía una escapatoria. A punto estuve de contarles a las demás, sin darme cuenta, lo que experimentaba. Suerte que me callé a tiempo. Es muy triste para mí no poder decir todo cuanto siento. Con mi carácter expansivo, si no pudiera explicar mis cosas, me moriría.

El otro día, la directora de la escuela de Pergussen nos dejó hacer compota. Previamente puestas de acuerdo, nos juntamos las alumnas de todos los cursos; éramos veintinueve. La cocina es inmensa, con cacerolas de cobre y cafeteras que cuelgan de cuerdas sujetas a las piedras de la pared. La cacerola más pequeña es del tamaño de una caldera. En Pergussen viven cuatrocientos jóvenes. El jefe de cocina, con un gorro y un delantal blanco, nos buscó vestidos, gorras y delantales para todas y hemos aquí transformadas en cocineras.



Resultó muy divertido. En cuanto a la compota, creo que ya la he probado mejor. Al terminar nuestro trabajo, estábamos completamente pegajosas, lo mismo que la cocina y las puertas. Organizamos entonces una procesión vestidas aún con nuestra indumentaria de cocineras, y nos paseamos por los corredores vacíos de la escuela hasta el salón de las oficinas, donde se hallaba una media docena de profesores y ayudantes pasando tranquilamente la tarde. Les dimos una serenata, cantándoles las canciones del colegio y les ofrecimos



JOE E. BROWN



JOYCE COMPTON